

esperar que detrás de un nombre cualquiera
pueda surgir un homenaje
a todos vosotros

Ayer te dije , Daniel,
¡ay Daniel, Daniel!
Que me gusta el crujir de las espigas
secas entre tus manos.

Y me gusta, Daniel, me gusta mucho:
me gusta el heno fundido en la madera,
el olor de la tarde
derramando el aroma de los cerros,
musgos, avellanos, líquenes de norte,
torrentes de nieve derretida.

Me gusta, Daniel, romper en la borona
como fruta madura
se desgrana en el mimbre el zumo denso,
y cae por tus manos
todo el inmenso amor,
desparramando el agua del maíz
y el tiempo.

Me gusta, Daniel, saber que, aunque te has ido,
que aunque en el alma sufra el no saber,
el no querer, el no sentir y el miedo;
que aunque sienta tus pasos
al palpar la hierba

y tu voz

al musitar el viento
una antigua canción —hoy sombra oculta—,
rizando en cada rama,
surge del matorral el vuelo virgen
abierto al corazón del día nuevo;
sabe la amilocha el musgo,
la eterna arquitectura y la simiente.

Y he pensado, ya de amanecida,
aún sobre el viejo camastro de madera,
que me gusta el olor de tu palabra,
el aliento del buey sobre el follaje
azul,
la cabellera
verde de luz mojada
en el camino,

la pólvora y la luna.

Hoy ya no es el día del surco y la guadaña,
el día en que el amor era brasas,
sonrisas ardiendo en el humo huido,
abrazadas sin prisa en el velo de lluvia.

Era preciso nacer a otras gargantas,
atrapar con la boca el sacrificio,
dejar correr el agua
por los versos y cauces primitivos.
Decir que el vuelo es aire
y hacer que vuelen todas las palabras.
Desenterrar la muerte y el coraje
y salirle al paso a la mentira.



¡Ay Daniel, Daniel!
está sobre tus hombros todo un pueblo.
Yo se que hay fuegos y lágrimas y tumbas
y cenizas que espolean desnudas
el bosque y la esperanza.

Yo se que en tu mirada hay una isla,
una bandera, un grito ciego y rojo,
y unos pechos de soldados ardiendo.

Está sobre tus hombros como el ave
nocturna. Con sus grandes ojos amarillos
ilusionadamente
abiertos y sus terribles uñas
clavadas en tu piel.

Te están haciendo sangre,
sangre ardiente que no coagula,
sangre que mana de tu esfuerzo
y cae goteando a la hojarasca.

ROBERTO ALBANDOZ